NOTAS NECROLÓGICAS

D. MANUEL DÍAZ DE ARCAYA

Ha fallecido en Zaragoza, donde desempeñaba el cargo de Director del Instituto general y técnico de la heróica ciudad, este ilustre vitoriano, docto catedrático, maestro de tres generaciones; escritor brillante, poeta delicado, de inspiración cálida porque tenían sus versos la sonoridad de la belleza y la robustez característica del cerebro vasco; y narrador ameno, cuya erudición y cultura campean en sus obras, siendo de los prestigios mejor cimentados entre los cultivadores de las letras alavesas.

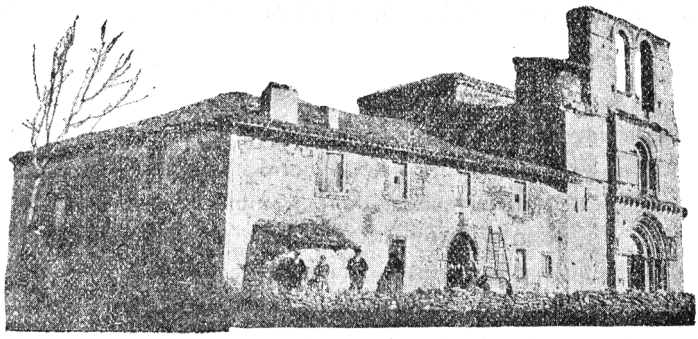
A pesar de residir fuera de la hermosa Ciudad, objeto predilecto de sus amores, conservaba en su corazón una devoción vehemente a las tradiciones y costumbres de su pueblo natal; y cristiano de fe sólida y creencias arraigadísimas, concentraba estos afectos en la augusta Patrona de la Capital Alavesa, la venerada Virgen Blanca, a la que dedicó los frutos más sabrosos de su poético verjel.

Léanse como muestra, estas inspiradas estrofas:

¡Qué místico y risueño es, Virgen, el Santuario
en que te plugo un día tu trono colocar!
¡Qué bellas sus ojivas, qué esbeltas sus columnas,
qué erguida su techumbre, qué esplendido su altar!
Bajo el alto techo que al santuario cobija
en mármoles y jaspes un trono se alza allí,
y en él tu imagen bella amparada en su nicho
guardando los casares del pueblo en que nací.

¡Y qué horas tan serenas las del ayer dichoso,
que evoca en mi el recuerdo de celestial visión
en apacibles tardes de un riguroso estío,
en que yo te buscaba, María, en tu mansión.
Mil veces, Virgen Blanca, mil veces te he llamado
gimiendo en mis suspiros mil ayes de dolor,
y siempre cariñosa calmaste mis lamentos
derramando en mi alma bálsamo bienhechor.

Era también devotísimo de la venerada imagen de San Miguel, y a él se debe la fundación del grandioso Rosario que desfila anualmente por las calles de Vitoria, y constituye el número culminante en el programa de las fiestas.



ESTÍBALIZ.—Vista lateral.

Para el enaltecimiento cultural de Alava, no sólo contribuyó con multitud de estudios históricos popularizados en folletos y monografías, sino que su celo infatigable se manifestó ostensiblemente en los trabajos para la restauración del Santuario de Estíbaliz, esa joya románica del siglo XIII, que se eleva severa en el histórico cerro.

Entre lo mucho y bueno debido a la pluma del malogrado Arcaya, aparece como nota culminante la hermosa colección de narraciones titulada «Leyendas vascas» (1):

«La única idea, decía en su prólogo, que me he propuesto, al trazar el desaliñado trabajo de mis «Leyendas alavesas», ha sido llenar un vacío, que en mi concepto se dejaba sentir en el país que me vió

(1) Zaragoza. Librería de Cecilio Gasca, plaza de la Seo, 2. 1897.

nacer, y este vacío era llevar al corazón del pueblo, imposibilitado de conocer la historia propia, los más culminantes hechos de su glorioso pasado, expuestos al amparo de los encantos de la ficción, a fin de despertar la afición a su lectura.»

El pensamiento no podía ser ni más noble ni más plausible. Hoy el libro admirable de Arcaya se exhibe con orgullo en las bibliotecas vascongadas, de las que es inexcusable ornamento. Nosotros, rindiendo un homenaje de admiración a las preclaras dotes del malogrado vitoriano, cuya pérdida lloran hoy las letras vascas, comenzaremos desde hoy la reproducción de una de las leyendas, «Victoria y Avendaño» (1), que deseamos figure en este archivo de la EUSKAL-ERRIA, para conocimiento y admiración de la actual y futuras generaciones vascas,

Para terminar, expresamos a la respetable familia de aquel varón justo, piadoso y caballero cristiano de acendrada fe, el sentimiento por la adversidad que sufre en estos momentos, adversidad que es piedra de toque para el temple de los corazones magnánimos.

J. B.

(1) Además de la leyenda citada, figuran en el primer tomo de las «Leyendas Alavesas»: «La Virgen de la Blanca», «Prisionera, Reina y Madre», «El Sino de los Velas», «La heroína de Villanaña», «La Hechizada de Amboto» y «Los Banderizos Alaveses».